

en el cuarto de Amy, lo primero que vió fué la navaja encontrada entre los pliegues de su camisa. Sin que nadie le preguntara, dijo :

— Ese cuchillo es el mismo que agujereó el cráneo de tontón Kenec... ¡ Ah, si llego yo á saber quién era el hombre de esta mañana !...

## II

## LA CONFESIÓN

Han transcurrido cuatro meses desde la noche de la mi-carême y los acontecimientos narrados en la segunda parte de este libro. Aun no había tropezado la justicia con el terrible americano á quien el terror popular bautizara con el mote de *El carnicero de mujeres*; pero París sin embargo recobraba la calma perezosa que precede y sigue á sus días de fiebre. Las mujeres del mundo alegre, olvidadas del miedo que las sobrecogiera algún tiempo antes, entregábanse ya de nuevo, sin la menor aprensión, sin adoptar ningún género de precauciones, á su lucrativo comercio. Era de suponer que el terrible vampiro de lágrimas y de sangre femenina que hiciera temblar durante todo el invierno á lo que ciertos amables cronistas designan con el nombre de batallón de Venus, que constituye un elemento obrero de la colmena parisiana y no de los menos laboriosos, había puesto al fin término á sus criminales empresas. Parecía como si el asesinato de Julieta la Camarona, su víctima del Gran Hotel, hubiese satisfecho, temporalmente al menos, las brutales pasiones del monstruo, puesto que, no obstante la tranquila libertad en que le dejaba la policía, acordábase indudablemente largo tiempo de reposo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO.

Por una singular coincidencia, tal vez de todo punto fortuita, el conde Enrique de Corpo-Santo se mantuvo por aquel entonces retraído, mostrándose muy poco en los círculos del mundo al que pertenecía por su rango y su fortuna. No había roto, por lo menos oficialmente, el compromiso de su matrimonio con la linda Yvona de Eparville; pero pretextando el enorme trabajo que le daba su casa de banca cada día más conocida y apreciada en la plaza de París, fué poco á poco espaciando sus visitas al hotel de la vizcondesa de Aubinesco, con gran sorpresa de la ilustre y curiosa dama, y con no escasa satisfacción del joven Jaffary, eterno suspirante á la blanca mano de Yvona de Eparville.

Digamos aquí que la vizcondesa ignoraba en absoluto que en el hotel del marqués Trogoff una cuantas personas habíanse juramentado para arrancar la vida al conde de Corpo-Santo. Habíase convenido en no decirle nada por temor á una probable indiscreción de parte de la dama, quien aunque buena en el fondo era ligerísima de carácter y sobre todo de lengua. Esta ignorancia era causa de que se manifestase sorprendida, y con razón, de la animosidad que parecía reinar entre el conde y el enigmático amigo del marqués á quien ella conocía tan sólo con el nombre de doctor A...

Su curiosidad, terriblemente excitada la tarde aquella en que se habló en su salón de los Cristal-Daggers no había sido satisfecha después, y esto era para la vizcondesa motivo continuo de cruel desagrado, tanto más cuanto que no le quedaba nadie á quien preguntar, pues bien por ironía del destino, ó tal vez por una especie de tácito convenio, ello era que todos sus habituales comensales habían desaparecido, unos tras otros, hacia las playas de la costa de esmeralda, llevándose con ellos, á modo de bagajes, las glorias tradicionales de su salón literario.

¡Cómo se aburría la pobre vizcondesa! Hallábase sola, enteramente sola, pues para ella no contaba la compañía de la voluminosa baronesa Lampessadas que llegaba á verla alguna que otra tarde, y á fastidiarla más que á distraerla con el relato de las miríficas promesas que hacía por medio de la prensa á su ingrato hijo natu-

ral con objeto de animarle á hacerse conocer de su pobre madre.

Por no contar, la vizcondesa no contaba siquiera con la sociedad de su sobrina. Yvona pasaba en efecto la mayor parte de los días de la semana en casa del marqués Trogoff, acompañando á Amy, quien habíase impuesto la filial tarea de permanecer á la cabecera del lecho del ilustre prócer, en él retenido por grave enfermedad.

Para que el lector pueda darse cuenta de porqué la venganza jurada solemnemente en casa del marqués no se había cumplido aún, es preciso que retrocedamos un poco en nuestro relato, á fin de explicar de qué modo pudo ponerse Enrique de Corpo-Santo al abrigo de toda persecución inmediata después de haber saltado por el balcón logrando así mismo salvar el dinero robado al tesoro de la Misericordia.

Al ver caer á Jaime, luego del ataque de éste en la Avenida, Enrique había saltado, como se recordará, en el coche mismo que acababa de dejar en su palacio al marqués Trogoff. Llegado al arco de la Estrella apeóse, para mejor despistar en caso de ser perseguido ulteriormente, y en cuanto el coche que acababa de dejar estuvo lejos, buscó otro con la vista. La suerte parecía favorecerlo. Dos, en vez de uno, llegaban en aquel instante, ambos en la misma dirección.

Enrique se acercó al primero, é iba ya á subir á él cuando advirtió que se hallaba ocupado.

— ¿Dónde demonios he visto yo esa cara? — se preguntó mientras esperaba que llegase el segundo carruaje. Este llegó á su altura antes de que Enrique hubiera podido contestarse.

— ¿Está usted libre? — preguntó al cochero.

— Dentro de un momento: en cuanto deje al viajero aquí cerca, en la Avenida del Bosque de Bolonia.

Siguió el coche, miró Enrique al interior, y de nuevo volvió á sorprenderse.

— Pues señor, — dijo entre dientes — hoy es el día de los aparecidos. También á ése lo conozco. ¿De dónde?... ¡Hum! Sospecho que por estos sitios corren malos vientos para mí. Ya me he detenido más de lo justo.

Así diciendo fuese hacia la puerta de Ternes, siguió el boulevard Gouvión Saint Cyr sin moderar su marcha acelerada y solo acortó el paso al encontrarse fuera de la puerta de Villiers.

Durante todo el camino hubo de poner en prensa su imaginación, preguntándose á cada momento :

— ¿Pero dónde he visto yo esas dos caras?

Mucho interés debía tener en que su memoria hablara al fin, porque llegó á detenerse de pronto en la esquina de la calle del Bosque. Allí dióse una palmada en la frente y exclamó :

— ¡Ya sé! Sí, no me cabe duda. El primero es el capitán del brik-barca « Buenamar » en el que mis hermanos y yo salimos de nuestra querida Córcega... ¿Qué vendrá á hacer por aquí ese pillastre de Malatierra? Porque, ese es su nombre... Aunque después de todo, ¿qué me importa á mí lo que haga? Pero el otro... ¿quién es el otro?...

Poco menos de media hora después de su accidentada evasión del hotel del marqués Trogoff llegaba Enrique al Perret, llamando enseguida á la puerta de la casita aislada de la calle de Martinval que ya conoce el lector.

En el momento en que dicha puerta se abría para darle paso, dió Enrique un puñetazo en la madera.

— ¡Ahora caigo! — exclamó. ¡Ya sé quién es! — Y añadió en voz más baja. — El segundo viajero es el mayordomo del castillo de Eparville. ¿Cómo había yo de figurarme que volvería á ver á ese hombre? Sin duda me tembló el pulso y no le dí de lleno... Pues ya puede alabarse de haber nacido dos veces. ¿Iría también á casa del marqués? Sí, sin duda. ¿A dónde había de ir por aquellos barrios? Daría cualquier cosa por saber lo que se trama en aquella casa. ¿Qué es lo que va á salir de la reunión de toda esa gente? ¡Vaya usted á saber! Por supuesto, que el que dirige la campaña, si es que se trata de una campaña, es, como si lo estuviera viendo, ese hermano de la concha amigo del Shaif... Pues que se ande con cuidado; porque ahora, con Ben á mis órdenes, dentro de pocos días ya nada tendré que temer...

— ¿Eres tú, hermano? — preguntó la voz del conde de Hauster asomando el descompuesto rostro por la ren-

dija de la puerta entornada. — ¿Qué es lo que dices de Ben y del Shaif? Me ha parecido oír...

— No hay modo de curarte de tu imprudencia; — dijo Enrique rechazándole hacia el interior. — ¿No te tengo prohibido que me llames hermano? Cualquiera puede oírte y en ese caso estamos perdidos. Nosotros somos amigos, nada más que amigos para todo el mundo. Así lo exige nuestro común interés.

Francisco, el otro hermano, observó la palidez que cubría el rostro del recién llegado. Y hubo de preguntarle con interés :

— ¿Vienes acaso enfermo?

Enrique no se tomó la molestia de contestar. Fué derecho á una alacena, sacó de ella un frasco lleno de coñac y después de apurar dos vasos, uno tras otro, se dejó caer en una silla.

Hubo un momento de penoso silencio.

— Hermanos, — dijo Enrique interrumpiéndole, — vosotros sois los únicos jueces que yo reconozco en el mundo, porque sólo vosotros habéis podido apreciar cuán infortunado me ha hecho mi bastardía. Voy á confesarme con vosotros ahora mismo. Cuando me hayáis oído absolvedme si os parece que debéis hacerlo, ó condenadme si lo creéis justo. En el primer caso continuaréis conmigo; en el segundo quedáis en libertad de ir donde buenamente os plazca. Pero, en uno como en otro, estad ciertos de que sabré cumplir mi promesa de entregaros la parte que os corresponde de nuestra fortuna común.

Oyendo este preámbulo los hermanos Bozzo se miraron con temor y con extrañeza. ¿Qué era lo que iban á saber? ¿De qué tenía que acusarse su hermano? ¿Pensaba él acaso en revelarles el secreto de lo que hacía lejos de ellos?

— Sabed ante todo — añadió Enrique — que estoy enamorado, verdaderamente enamorado, lo cual es para mí el mayor de los infortunios. En adelante quiero obrar solo, ó secundado por cómplices inteligentes que no sean precisamente máquinas humanas. Quiero comenzar una nueva existencia, terminando antes, con la más indecente de las fechorías, mi larga carrera de crímenes.

— ¿De crímenes? — preguntaron á un mismo tiempo los dos asustados hermanos.

— Sí, de crímenes; — repitió el llamado conde de Corpo-Santo. Y enderezando el gallardo busto, hermoso con la belleza infernal del ángel caído, añadió lentamente con voz sorda :

— Nuestro abuelo Fra-Diavolo puede contemplar con orgullo su obra desde el fondo de la tumba en que se pudren sus huesos. Aquí donde me veis, yo soy, después de él, el más gran asesino del siglo.

Constante y Francisco, seguros de que no se trataba de una siniestra fanfarronada de Enrique, contemplaban á éste con terror supersticioso.

— Vosotros, — siguiendo él diciendo, como si no advirtiese la actitud de los dos Bozzo, — fuisteis testigos de mi debut en la carrera del crimen, cuando aplasté el pecho del teniente Lampessadas. ¿En qué podía aprovecharme la muerte de aquel pobre hombre? En nada. Sin embargo, de ella fui autor, aunque involuntario. Lo que he hecho después ha sido más, mucho más, y lo he hecho con perfecto conocimiento de causa, consciente de lo que hacía.

Detúvose un momento Enrique, y enseguida, elevando la voz, como si hiciese su propia defensa ante un tribunal, continuó :

— ¿Condenaríais vosotros al hombre que, inocente desdichado, harto de soportar en silencio una vergüenza de la que él no tiene culpa, se decidiese á hacerla pesar sobre quien siendo causa de ella, se ha declarado sin embargo irresponsable de la misma? No; ¿verdad? Pues bien : la madre que abandona al hijo por ella concebido fuera de la legalidad, incurre, á mi parecer, en un abominable delito de egoísmo. Y eso es lo que conmigo se ha hecho.

Cuando tuve uso de razón, cuando me hallé en estado de comprender á qué vida vergonzante hubo de condenarme aquella cuya tranquila existencia hubiera podido alterarse con mi presencia en el hogar doméstico, sentí que en mi alma fermentaba un odio feroz contra mi madre. ¿Buscarla? ¿Para qué? era ya demasiado tarde. Además ¿dónde encontrarla? Precisamente la seguridad

que tenía de no poder llegar nunca hasta ella fué lo que hizo que mi cólera desbordase y que comprendiese en la misma satánica aversión á todas las criaturas de su sexo.

Con la punta del puñal gané nuestro primer dinero al dejar la Córcega, dando al mismo tiempo una primera satisfacción á mis odios. La pobre mamá Bozzo me había anunciado, antes de partir, la muerte de Ricardo Sabielo y los lazos de parentesco que con él me unían. Pobre como Job entré ¿os acordáis? en la quinta donde velaban al muerto. Cuando salí de ella estaba herido y era rico; pero en la quinta quedaban dos cadáveres en vez de uno. Malaquea Sabielo había caído al golpe de mi navaja, y yo llevaba su dinero en mi bolsillo, y en la frente la marca imborrable hecha por sus dientes de tigre. Y ahí tenéis la explicación verdadera, la única, de una herida que os ha intrigado, no lo neguéis, durante mucho tiempo. Continúo.

Muerta mi primera enemiga, no se qué imperiosa necesidad de hacer nuevas víctimas se apoderó de mí, con carácter irresistible. ¿Os acordáis de nuestro viaje á Bretaña? Pues no tuvo más objeto que el de no dejar que se me encalleciese la mano, y cuando salimos para la India la baronesa de Eparville había dejado de existir, así como su mayordomo; por lo menos así lo creía yo entonces de este último. Me parece inútil añadir que cuanto dinero encontré en la casa de Bretaña, fué á sumarse con el robado en la quinta de Sabielo.

¿Queréis que enumere ahora los pescadores cosmopolitas y sus mujeres que cayeron bajo el cuchillo del capitán de los Cristal-Daggers en la bahía de Manaar? Me parece inútil. Citaré tan sólo, como el más importante, al Shaif de los hermanos de la concha.

De nuevo se detuvo Enrique en su relato, para contemplar á sus hermanos. En éstos, la estupefacción con que oyeran al principio al narrador, habíase convertido en una especie de sombrío abatimiento á medida que aumentaba la fúnebre nomenclatura.

— Mi confesión ha de ser completa, — dijo Corpo-Santo. — No vayáis á creer que, rico ya, dí paz á la mano á nuestro regreso á Francia. Os equivocaríais si

tal creyerais. Vamos á ver : ¿habéis oído hablar del *carnicero de mujeres*?

— ¿Quién no ha oído hablar, y quién no habla de él?  
— contestaron los dos hermanos.

Enrique hizo una pausa antes de declarar :

— ¡Pues el carnicero de mujeres soy yo!

Los dos Bozzo se pusieron lívidos.

— ¡Soy yo! — repitió su hermano de leche. — El oro llama al oro, como la sangre vertida llama otra sangre. Mi sed de una cosa y otra era insaciable. ¿Por qué palidecéis así? Nada tenéis que reprocharos vosotros. Me habéis servido de cómplices, es verdad, pero sin daros cuenta de ello. Nuestro parecido me ha facilitado el probar coartadas estupendas, gracias á las cuales me ha sido posible hacer desaparecer cuatro muchachas de vida alegre y atemorizar á todo el mundo de la galantería de París sin que nadie me haya molestado en lo más mínimo. Repito que podéis estar tranquilos. Escuchad ahora el final de mi confesión, que será corto.

Gracias á una involuntaria indiscreción de papá Bozzo supe, cuando aun era muy joven, que nuestro abuelo Fra-Diavolo había dejado un tesoro inmenso. Yo tenía derecho indiscutible, innegable, á ese tesoro, y sin embargo, me lo robaron. ¡Quién sabe! Tal vez mi vida habría sido muy otra de lo que es, si me hubiesen dejado en posesión de esos bienes. En fin, esta noche pasada, y por una verdadera casualidad, me enteré de que el tesoro que dejara el último gran maestre de la Misericordia estaba en París y de que pertenecía á dos hermanas, herederas de Malaquea Sabielo. Fui á la casa donde se encuentra encerrado, descerrajé un mueble y me disponía ya á apoderarme de todo cuanto pudiera llevar conmigo cuando llegó una mujer á interrumpirme en mi tarea.

No sé si esa mujer ha muerto á estas horas ó si vive aún; el golpe que le di no era muy seguro. Aunque os parezca extraño, os diré que me alegraría de no haberla matado, porque la amo.

Constante, que ocupaba algunos de sus ratos de ocio en leer novelas, y que creía en lo que en ellas se dice generalmente, interrumpió :

— Tanto mejor; si amas como dices, las desdichas de tu vida tocan á su término : perdonarás sin duda, en cuanto seas feliz.

Enrique replicó con voz ahogada :

— Si he declarado la guerra á la humanidad, á la sociedad, á la ley, es porque la ley y la sociedad han hecho de mí un hombre inferior, condenando y reprobando mi nacimiento. Cuanto á mi amor... aun viéndole satisfecho no podría vivir feliz con él, por ser infame : ¡amo á mi hermana!

Constante inclinó la cabeza, y Francisco hizo cuanto pudo para reprimir un movimiento de horror.

— Pero eso importa poco, — añadió Enrique dando un puñetazo en la mesa que hizo saltar el frasco de coñac ya casi vacío; — sea lo que sea esa mujer, si mi navaja, adivinando mi pensamiento, ha tenido la feliz ocurrencia de resistir al impulso de mi brazo, vivirá, y será mía pese á quien pese.

— ¿Y dejarás de matar entonces? — preguntó Francisco.

— Sí; perdonaré á todas las mujeres por el amor de una sola, y me contentaré con defenderme.

— ¿De quién?

— De mis enemigos, ¿creéis que no los tengo? Pues son tan numerosos que no podría contarlos. A propósito de esto, ahora recuerdo que no os he dicho lo más importante. ¿Quién diréis que viene expresamente de Ceilán para perseguirnos aquí?

— ¡Vaya usted á saber!

— Pues el jefe de los hermanos de la concha.

— ¡El shaif! — exclamó Clemente con verdadero terror.

Francisco por su parte preguntó :

— ¿Pero no nos dijiste que le habías matado?

Hubiérase dicho que Enrique se divertía con el espectáculo del terror de los dos hermanos.

— Creí dejarle muerto en efecto, — dijo con indiferencia. — Por lo visto me equivoqué. Debe tener la piel dura el tal shaif.

— Bueno, pues déjale que venga; — dijo Constante haciendo de tripas corazón. — No es fácil que dé con

nosotros en este rincón, donde nadie nos conoce.

— Y los pocos que saben que vivimos ignoran nuestros nombres verdaderos; — añadió Francisco.

— Eso os parece á vosotros, — interrumpió Enrique con cierta ironía. — Sin embargo, el amigo Ben os ha encontrado : y eso que no os buscaba.

Ambos hermanos se consultaron con la mirada. Recordaban en efecto haber encontrado al indio de los tres nombres, pero estaban en la creencia de que él no los había visto.

Sin abandonar el tono irónico que acababa de adoptar, Enrique usó de nuevo de la palabra.

— Nada hay como la confesión, — dijo — para aligerar la conciencia, y no sabéis cuánto os agradezco que hayáis querido oír la mía. Permitidme que la complete, declarando que como en este bajo mundo no hay más que dos categorías de ciudadanos, la de los devorantes y la de los devorados, creo que la prudencia más elemental aconseja sumarse á la primera de ellas. El amable Ben se ha puesto á mi disposición. Lejos de sentirlo debéis agradecerse porque va á evitaros un trabajo monstruoso. Oidme y lo comprenderéis.

Para que mi tranquilidad y mi existencia estén aseguradas — y creo que sois de opinión de que deben estarlo — es indispensable suprimir seis personas, sin contar el shaif, con quien el arreglo de cuentas ha de ser más difícil. He dicho seis porque esta mañana me he tropezado con dos, en quienes, la verdad sea dicha, estaba muy lejos de pensar ayer; el señor Malatierra, capitán del barco que naufragó con nosotros en Baleares, y el mayordomo de la casa de Eparville, á quien yo creía muerto. Los dos se dirigían á la casa misma de la que yo acababa de salir, y en la cual casa habitan las dos hijas de Malaquea Sabielo, su padre adoptivo y un médico que se dice amigo y enviado de Ali-Akmet, esto es, del shaif. Como podéis comprender no es verosímil que la casualidad haya reunido á todas esas personas que tienen interés en conocerse y en prestarse mutua ayuda para la común venganza. Si se juntan es porque la guerra contra mí va á ser declarada de un momento á otro. ¿Guerra abierta, franca, ó bien rastrera y sorda?

No lo sé ni me importa saberlo. Lo mismo responderé á una que á otra.

— ¿De qué modo? ¿Qué es lo que piensas hacer? — preguntó Francisco.

— Nada por el momento. Me impongo una tregua para ver venir á los otros. Ya me enseñarán el juego, y cuando lo vea... Dos cosas pueden ocurrir. Si la hermosa que ha despertado mi corazón tiene la debilidad de ir á reunirse con su madre en el otro mundo, reanudaré mi pasada existencia, y os licenciaré dándoos dinero para volver á Sarténe; si por el contrario se restablece, después de hacer tabla rasa iré á esconderla en el otro extremo del mundo. Mientras se producen los acontecimientos, ya os lo he dicho antes, permaneceremos tranquilos.

— A mí me parece, — se permitió decir Constante — que teniendo propósito de llevarte á una de tus hermanas lo mejor sería llevártela ahora mismo, enferma ó sana. Creo que estaríamos más seguros poniendo el mar entre tus enemigos y nosotros.

Enrique sonrió burlescamente.

— ¡Famosa idea, como hay Dios! — dijo. — Se necesita ser todo lo aturdido que tú eres para pensar en semejante cosa. En primer lugar, la muchacha está hoy bien guardada; además, el que fué tras de nosotros hasta la bahía de las perlas, puede encontrarnos en todas partes, pues le sobra dinero para perseguirnos; y por último, si nuestros enemigos vacilan ahora y dudan si romper ó no las hostilidades, nuestra fuga les daría un excelente pretexto para hacerlo. Y la policía no concede mucha confianza á los que se escapan.

— ¿Qué hacemos entonces?

— Ya os lo he dicho, nada: esperar el ataque. Tenemos una ventaja inapreciable, que es la de saber de qué lado viene el peligro. Los que me odian, no se atreverán, estoy seguro de ello, á acudir á los tribunales, porque de hacerlo así les sería preciso poner en evidencia mi nombre, y esto constituiría una vergüenza para las dos huérfanas. Procederán, pues, de otro modo. ¿De cuál? No lo sé, ya lo veremos... Por ahora sabed que somos ricos, verdaderamente ricos, y que voy á dar á nuestro

dinero el destino más conveniente á nuestros intereses.

— ¿Pero qué hemos de hacer nosotros? ¿No nos das ninguna orden?

— Ninguna. Vivid como se os antoje hasta que recibáis un recado mío, que os dirá lo que habéis de hacer. ¡Pero cuidado con aprovecharos de mis revelaciones para pasaros al enemigo!

— ¡Oh! — exclamaron los dos hermanos ofendidos por la duda expresada por Enrique.

— Quiero decir que os conviene ser leales. Estáis aquí con nombre supuesto, como decíais hace un instante. Sospecho que si algún curioso se propusiera averiguar cuáles son vuestros medios de existencia, no había de parecerle muy clara vuestra situación.

Así habló Enrique. Poco después, tranquilo, digno, con rostro sereno y firme paso, como convenía al conde de Corpo-Santo, marchaba hacia París por el camino de Asnières, cuando una idea súbita le hizo llevar la mano á su cintura.

— ¡Perdida! — exclamó con voz sombría. — He perdido mi navaja... y en el hotel del marqués sin duda!... ¡Malo, malísimo presagio!

## III

## POR EL HONOR DEL NOMBRE

Conforme lo pensara Ali-Akmet, cuya experiencia profesional no podía quedar anegada en la pena inmensa que experimentaba por la tentativa criminal de que había sido víctima la hermosa Amy, la causa principal del prolongado desmayo de ésta no lo era la herida, leve por fortuna, ocasionada por la navaja encontrada entre los pliegues de la camisa de Jaime. Dicho desmayo tuvo naturalmente término, y Ali consiguió al fin devolver el conocimiento á aquella cuya vida le era preciosa, y esto poco tiempo después de haber prestado el terrible juramento que ya conoce el lector, juramento al que se asociaron todos cuantos en aquel instante se encontraban en la habitación de la joven é interesante enferma.

Peró no habían acabado aún las angustias del pobre Ali; al contrario, puede decirse que no hacían más que empezar.

En efecto: la hermana de Edmée abrió los ojos, vuelta ya á la vida, para pasear la mirada incierta sobre las personas agrupadas en torno de su lecho. Y acababa apenas de entornar de nuevo los párpados fatigados del esfuerzo realizado, cuando la voz áspera de Jaime interrumpió el silencio que reinaba en la estancia.

— ¡Jesús María y José! — decía el bretón. — ¿Es que